



UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. DE NUEVA LEÓN  
"ALFONSO" \*1133\*  
Apto. 1625 MONTAÑEY, MEXICO

## ¡MORALICEMOS!

**E**N el número anterior de *Gil Blas* me pedía mi amigo Blasco que le ayudase en la penosa tarea de desmoralizar á nuestro público, entendiéndolo por desmoralizar, como quien dice, *despilarsinuesdemarcotizar*.

¡Ay, amigo Blasco! Es imposible lo que usted quiere. Aquí la moral pública está asegurada para mucho tiempo. La única que está corrompida es la privada. Se cumple al pie de la letra aquello de «que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha». Se deja que la mano derecha haga lo que quiera, y sólo se procura que la izquierda no sepa nada, y viceversa.

La moral, huyendo del fondo de la conciencia, del seno del hogar y demás lugares comunes de la

multitud, se ha refugiado en los teatros. El otro día un periódico escribía: «Diversiones públicas», y en seguida copiaba las disposiciones de la *Gaceta*, entre ellas varias lucubraciones de Camacho para uso del consumidor. Pues con la moral hacemos aquí lo mismo; la colocamos en la sección de espectáculos. Por ejemplo: «Real: Baile de Beneficencia.—Toros: Corrida de Beneficencia.—Español: Drama en que muere el culpable, ó lo pasa muy mal cuando menos.—Comedia: Juguete cómico con chistes verdes y moral picante, pero con arreglo á la doctrina».

Los padres de familia quieren que sus hijos vean moralidad en alguna parte: ¿y dónde mejor que en el teatro? Si se los lleva á la iglesia, allí no se oye más que pullas de un obispo mestizo contra Noce-dal, ó, lo que es más escandaloso todavía, ejemplos, tomados del natural, de la concupiscencia y demás llagas morales. Las muchachas aprenden en el sermón lo que no hace falta que sepan. Pues en casa no se puede enseñar moral, porque no ha de sujetarse un padre de familias á ser moral todo el santo día, ni ha de dejar la querida, ni venir á casa temprano, ni lavarse las manos puercas, por dar ejemplo á los niños. Para la moralidad, la institutriz inglesa; y si no la hay, basta un abono á turno par en la Comedia ó en cualquier teatrito de esos donde siempre triunfa la virtud.

¡Líbreles Dios al Sr. Blasco y al mundo entero de llevar al teatro las cosas que suceden en la vida!

En el teatro, como en las *Revistas*, debe haber siempre una saludable hipocresía, sosa, necia, soporífera, que nos haga pensar, con motivo del poco ingenio del autor, en la pequeñez de las cosas humanas.

Aquí me tienen ustedes á mí dándome de cabezadas, y no de calabazadas, como diría D. Venancio, para poder escribir un miserable articulejo que no sea inmoral, que no ataque ni á las instituciones, ni al clero alto ni bajo, ni al culto, ni á los peregrinos.

¡Imposible! Como no es posible inventar nada peor que los hechos, no acierto á decir cosa que sea rigurosamente moral, ejemplar, como no sea mentira, y entonces ya no es moral tampoco.

¿Cómo se las compondrá el Sr. Bremón, por ejemplo, para escribir sus crónicas generales sin mengua de la moral y sin escándalo del más insignificante monaguillo, si es que hay monaguillo insignificante desde todos los puntos de vista?

Pues vean ustedes cómo se las compone el señor Bremón, que no ofende á nadie, que no ataca á nadie, que no se mete con nadie. Comienza hablando de Turquía, y si es posible se va más lejos, y hace como que le importa mucho lo que pasa en el Afghanistan ó en el Beluchistán ó en otro *tan tan*

por el estilo. ¿Qué significa la conducta del bey A ó del bey B? Y con esto ya tiene para una columna, y por fin, ¡*jeureka!* encuentra lo que significa la conducta de aquel señor, y pasa á otro asunto. V. gr.: se muere un obispo de Calahorra. ¡Hombre, bonita ocasión para hablar bien de los obispos en general y del difunto en particular! En seguida se averigua si tenía parientes, y de resultas se habla bien de todos los parientes del difunto. Díganme ustedes si escribiendo así, hay modo de faltar á la moral. Se podrá hacer dormir al curioso lector; pero ¿dónde hay cosa como un sueño reparador para recobrar las fuerzas que necesitamos en el tráfigo de esta miserable existencia?

Pero no olvidemos al obispo de Calahorra con estas filosofías. Modelo del genero de revistas á lo Bremón. Dice el poeta en una de sus últimas crónicas:

«El apellido Catalina, que llevaba el último obispo de Calahorra, ha sido fecundo en estos tiempos en personas notables».

Ya llama la atención un apellido fecundo en personas, y esto es poner á patir la gramática y el apellido; pero dejemos eso, y vamos á las personas notables.

«El prelado cuya pérdida es tan reciente, era hermano del malogrado hombre político y excelente escritor (y excelentísimo señor, señor mío), don

Severo Catalina, tío de D. Mariano, el autor dramático y académico de la lengua (de la legua) y de los actores y escritores también D. Manuel y D. Juan Catalina; muerto éste hace algunos años, y el antiguo director del Español, *dirigiendo* (gerundio intempestivo) hoy otro teatro español en Barcelona».

Ahí tienen ustedes un parrafito que empieza en el cementerio y acaba en el teatro. Parecería una esquila mortuoria, si no fuera que en las litografías suelen escribir mejor, y hacen saber al público quiénes son hermanos y quiénes sobrinos del difunto. No así en el párrafo copiado, en que parece que el autor de *Masaniello* es autor también de don Manuel Catalina, dirigiendo, etc.

Eso no será escribir bien, corriente, pero es ganar amigos aquí y en el purgatorio. En cuatro renglones da bombo Bremón á todos los Catalinas del mundo, hasta á Catalina el peor (Mariano) ¡No le falta más que emparentar al difunto obispo con la Rueda Catalina, más famosa que todos los de su fecundo apellido!

Obsérvese, ante todo, cuán ajeno es cuanto dejo copiado á la literatura corrosiva que va entrando por el Pirineo y amenaza corromper... etc.

Una vez metido en genealogías episcopales, Bremón no las suelta así como quiera, y haciendo generoso alarde de erudición, prosigue:

«Parecía indicado para reemplazar al Sr. Catalina otro sacerdote de reconocida ilustración, don José Joaquín de Cafranga (¡hola, hola!), hijo del antiguo ministro del mismo apellido y hermano del catedrático de derecho D. Benigno y de doña Concepción...»

«Si alguna persona supiera algún impedimento por donde este matrimonio no pueda ser contraído...»

Así parece que debiera continuar el Sr. Bremón, si no se tratara de un sacerdote.

«Desgraciadamente, sigue Bremón, cada vez más celoso del honor de los Cafranga, el presunto obispo de Calahorra, secretario del vicario (¡atíza!), y capellán de honor (¡tanto honor!), también ha fallecido.»

¡Pues, hombre, hubiera V. empezado por ahí! Ahora yo concluiré. Sus hermanos D. Benigno y doña Concepción ruegan á ustedes se sirvan encomendarle á Dios, etc., etc.

De manera que cuando haya que tomar un nicho, en vez de entenderse con los empleados del Ayuntamiento, ó con quien corresponda, se debe ir uno derecho á las crónicas de Bremón, donde *yacen* todos los obispos efectivos y *presuntos* y se lleva perfectamente el movimiento de la población... de los muertos.

Véase, pues, cómo sin apretar el ingenio se es-

criben crónicas generales, de purísima moral, por cuanto hacen pensar en la hora de la muerte.

Esta es la literatura que aquí podemos tolerar, Sr. Blasco, y no esas escandalosas escenas que el Sr. Bremón, ó sea el *panteón calagurritano*, afea tanto en las letras de la vecina República. Yo ya sé lo que tengo que hacer en adelante. ¿Voy á escribir un articulejo? Pues en vez de meterme con los vivos, me voy á la cuarta plana de *La Correspondencia* y copio todos los anuncios de muertes y aniversarios, y comienzo, v. gr.:

«Tengo el disgusto de participar á mis lectores que hoy hace cuatro años falleció en Madrid, á las cuatro de la tarde, un apreciable sujeto. Esta *desgracia recayó* (estilo Bremón) en D. Juan Pérez, hermano del Pedro, del mismo apellido. Todas las misas que se digan hoy en San Ginés, se aplicarán á su intención.»

